



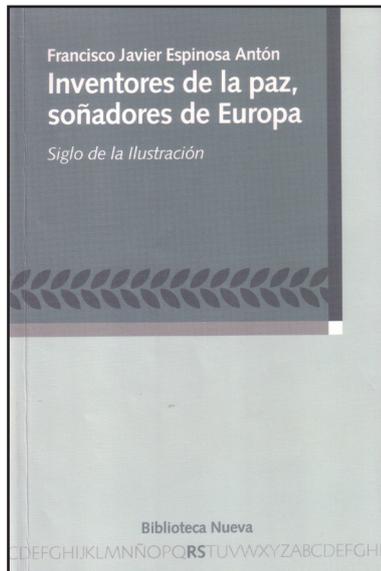
Cuadernos de Ilustración y Romanticismo

Revista Digital del Grupo de Estudios del Siglo XVIII

Universidad de Cádiz / ISSN: 2173-0687

nº 19 (2013)

Francisco Javier ESPINOSA ANTÓN (2012), *Inventores de la paz, soñadores de Europa. Siglo de la Ilustración*, Madrid, Biblioteca Nueva, 245 pp.



Esta excelente obra de Francisco Javier Espinosa Antón tiene como objeto los proyectos para una paz universal política y social que se hicieron, esencialmente en Europa, durante el Siglo XVIII, aunque abordará también las cuestiones conexas del cosmopolitismo y el europeísmo. El propio autor precisa que no es tanto una historia del pacifismo (un término «... vinculado a posiciones más definidas de no-violencia en cuanto a la religión, la ética o la izquierda política») como del irenismo, concepto más amplio y preciso utilizado ya en la época para aludir a la «...posición que rechaza la guerra como medio de resolver los conflictos y que afirma la posibilidad y la “desiderabilidad” de una paz permanente» (p. 17). En su introducción Espinosa expone de un modo muy claro cuáles son los presupuestos metodológicos de esta investigación, que aúna en un mismo esfuerzo la honestidad intelectual, el análisis meticuloso de las fuentes, la traducción de las mismas, la precisión y la exhaustividad. A lo que hay que añadir una concepción de la historia que no quiere quedarse en mera erudición, sino contribuir a aportar los elementos necesarios para un cuestionamiento actual y vivo de los problemas, asiento firme para la acción justa presente y futura. En sus propias palabras: «Que haya dedicado unos cuantos años de esfuerzo a desenterrar, leer, traducir y estudiar los proyectos de paz de

la Ilustración proviene de mi creencia en la oportunidad de construir por primera vez un mundo donde la paz perpetua sea un axioma para la vida política. También de mi creencia de que la construcción europea y el cosmopolitismo políticos son tareas capitales en nuestro mundo. Lo urgente no deja ver lo importante. Ahora sólo pensamos en cómo salir de la crisis económica. Pero sólo un mundo en el que Europa tenga un peso político que contrapesa a las otras potencias mundiales, sólo un mundo en el que haya entidades políticas cosmopolitas democráticas, sólo ese mundo será capaz de acabar con todo tipo de violencia política y con la mayor lacra de nuestro tiempo. Sólo nombrarla produce vergüenza: la muerte diaria de decenas de miles de personas de hambre, de sed o de enfermedades fácilmente curables» (p. 41). Ahora bien, este reconocimiento de la implicación del investigador en el objeto de la investigación no se realiza interfiriendo en la misma con un discurso paralelo, restándole rigor, sino que es exclusivamente la fuente de la que se deriva el apasionamiento —entusiasmo, esa elevada virtud tan ilustrada— con el que el autor desempeña la labor sólida de la indagación, que acaba por hacernos partícipes de la investigación misma y creer en sus propias creencias sobre la actualidad de los ideales expuestos.

El libro tiene una introducción y once capítulos. En la *Introducción*, además de presentar la obra, precisar los conceptos claves de la investigación, fijar el marco cronológico 1763-1795 y adelantar los ejes seis en torno a los cuales se ordenan las distintas posiciones con respecto al irenismo en el siglo ilustrado, Espinosa aborda los precedentes en los siglos XVI y XVII. En el *Capítulo 1*, «William Penn y John Bellers» (pp. 43-56), el libro analiza los proyectos para acabar con las guerras como medio de resolver los conflictos de estos dos cuáqueros pioneros, el primero de los cuales, además de idear un Parlamento europeo, sede de una Liga o Confederación Europea, que permitiese abandonar el *estado de naturaleza* caótico en el que se encontraba las relaciones entre naciones, había insistido también en que el fundamento del poder político era el consentimiento del pueblo, concebido como sujeto de derechos inalienables civiles y políticos, al que el gobierno le debía también garantizar su bienestar. Mientras que el segundo, Bellers, imaginaba igualmente instituciones europeas que garantizaran la paz bajo un único gobierno, proponiendo además «... la abolición de la pobreza de las masas, una educación gratuita para todos, un sistema estatal de salud gratuito para todos, una reforma de las prisiones...» (p. 52), etc.; reivindicaciones que impresionarían a los posteriores Owen y Marx. En el *Capítulo 2*, «Los planes de paz del abad Saint-Pierre» (pp. 57-69), Espinosa expone los trabajos de este «*homme du bien*» (p. 58), defensor de la causa de los necesitados y firme defensor de la tolerancia, a propósito de la cuestión que es objeto de este libro. Saint-Pierre «pequeño gran ciudadano» y «filósofo pacífico del mundo», según se describía a sí mismo (p. 60) defendió un cosmopolitismo ético que tanto criticaba el belicismo y el lujo del rey (Luis XIV) como proponía un ideal de regulación de las relaciones políticas asentado en la cruda realidad de los hombres, que en su opinión, «...no basaban su conducta ni en la filosofía ni en la religión, sino en las pasiones e intereses más comunes» (p. 62). Para Saint-Pierre, puesto que los hombres no tenían otros intereses que la utilidad y el ansia de poder, la paz no podría seguir estando en manos de los caprichosos soberanos, sino que debía establecerse un poder y una fuerza mayores cuya hegemonía fuese temida por éstos, un cuerpo político superior europeo, confederación de estados a la que llamó ya «Unión Europea» y «Naciones Unidas» (p. 64), proponiendo incluso una federación más amplia entre todos los estados de la tierra. De todas formas, Espinosa señala cómo su proyecto estaba centrado aún en los soberanos y no en instituciones democráticas, pues todavía concebía a los primeros como propietarios del Estado (p. 68), separándose con ello de otros proyectos irenistas del siglo, más avanzados. Lo que no fue un obstáculo

para la influencia de las obras del abad, como muestra el *Capítulo 3*, «Ecos de las obras de paz de Saint-Pierre» (pp. 71-92), en el que el autor del libro que reseñamos recoge su impacto, especialmente entre los filósofos pero también sobre gestores de la política como Federico el Grande de Prusia, así como en todo tipo de *projectistas* (ilustrada palabra presente, en sus equivalencias, en las lenguas inglesa, francesa, alemana y española en la época, más noble que la también castellana *arbitrista*). Espinosa reconstruye minuciosamente la recepción, desde las menciones circunstanciales de quienes no habían leído a Saint-Pierre hasta las reflexiones de los que sí conocieron sus escritos y reaccionaron a ellos a favor o en contra, entre los que se encontraron Voltaire, Rousseau, Bentham y Kant. Para pasar a abordar a continuación en el *Capítulo 4*, titulado «Los proyectos de paz en el tiempo intermedio entre Saint-Pierre y Rousseau» (pp. 93-118), los escritos irenistas en ese periodo - marcado en su fin por la publicación del resumen de las tesis del abad que hizo el filósofo de Ginebra, referencia obligada para la segunda parte del siglo-, algunos de ellos anónimos, otros debido a la mano de personajes tan diversos como Giulio Alberoni, Johann Michael van Loen, Saintard, Goudar o Johann Franz von Palthen, y finalmente incluso alguna obra contrairenista, como es el caso de Eobald Toze. Quizá nada mejor para ilustrar el carácter dramáticamente real de la cuestión abordada en todos los proyectos irenistas —el desastre antihumanista que era la guerra— que recoger aquí el fragmento de Palthen, citado en la p. 117 dentro de este capítulo: «La sangre humana corre a raudales, fecundas tierras quedan desiertas y soberbias ciudades se transforman en escombros. ¡Qué deplorable espectáculo! ¡Qué escalofrío despiertan esas imágenes! ¡Cuántos bárbaros soldados encuentran la tumba en el curso de su crueldad? ¡Cuántos mueren sin asistencia, torturados por dolorosas heridas? ¡Cuántos quedarán paralíticos y lisiados para el resto de su vida? ¡Cuántos, desplazado de una situación feliz, quedarán en la indigencia, miseria y escasez? [...] ¡Dónde la guerra deja algo de bien?».

En el *Capítulo 5*, «Rousseau da un nuevo impulso a los proyectos de paz» (pp. 119-128), abordará ya a este último en comparación con Saint-Pierre, de cuyas ideas irenistas publicó un resumen en 1762, abordándolas también en su escrito publicado póstumamente *Jugement sur la paix perpétuelle* y en otros lugares como en el *Emilio*. Espinosa nos muestra cómo Rousseau creía que Europa constituía ya en la época una comunidad, a la que llamaba «Sociedad de los pueblos de Europa» (p. 120), pero que estaba necesitada de una construcción política que uniera a todos los estados europeos en una federación. Sin embargo, a diferencia de Saint-Pierre, la finalidad de la misma sería equilibrar democráticamente la política exterior con la interior (de forma que estado civil imperara en la una y en la otra, sacando a la primera del estado de naturaleza), para hacer en ambas partícipes al pueblo —a la «voluntad general» (p. 125)— y no como quería el abad, un espacio autónomo de los príncipes para frenar las guerras y reforzar el poder del monarca en el interior de los estados. Como en otros capítulos, el autor del libro ilustra sus análisis con textos muy precisos que hacen de su obra además de un estudio teórico, también una verdadera antología de textos irenistas.

En los capítulos siguientes, el sexto, séptimo y octavo, van a abordarse los proyectos de paz en el periodo comprendido entre la publicación de Rousseau de su resumen de las ideas de Saint-Pierre (*Extrait du Projet de Paix Perpétuelle*, 1761) y 1790. En el *Capítulo 6*, «Los proyectos de paz en las décadas de los 60 y los 70» (pp. 129-141), Espinosa analiza los veinte años comprendidos entre 1760 y 1780 (las propuestas de Jean Henri Maubert de Gouvest, Jakob Heinrich von Lilienfeld, el anónimo atribuido a Louis Gabriel Ambroise de Bonald y las tesis contrarias a la posibilidad y conveniencia de una paz perpetua de Johann Valentin Embser), para a continuación, en el *Capítulo 7*, «Los planes de paz de Pierre-André Gargas y de Joseph-André de la Combe» (pp. 143-154), abordar a estos

dos autores —el primero de los cuales utilizaría ya de modo generalizado la expresión «Naciones Unidas», empleado antes circunstancialmente, por ejemplo, por Saint-Pierre— antes de estudiar a Bentham en el *Capítulo 8*, junto a Antoine Polier de St Germain y Guillaume Resnier, «Los planes de paz de Bentham y de otros en la segunda década de los 80» (pp. 155-169). De Bentham observa Espinosa muy oportunamente cómo en un punto se aproximaba a Saint-Pierre: «su afirmación de que las ideas sólo podían tener aceptación basándose en el principio auto-interés lo acercaría al abad francés, del que ya indicamos la amplia presencia en sus obras del término “utilidad”» (p. 158). Pero también que se separaba de él en aspectos esenciales. Las dos cuestiones que centraron el interés de Bentham en relación al logro de la paz fueron la emancipación de las colonias y el fin del secretismo de la diplomacia en las relaciones internacionales, práctica esta última que mantenía al pueblo desinformado sobre las verdaderas causas y los verdaderos intereses de las guerras, llegando a idear un tribunal de la opinión pública y un parlamento común para todas las naciones. Y su principal objetivo no era encontrar una solución política o militar, coercitiva, al problema de la guerra, sino «el desarrollo de la opinión pública, la transparencia y la libertad de prensa» (p. 162).

Finalmente, a la década de los 90 dedica el libro los capítulos 9 y 10, destinando el último, el capítulo 11, a exponer las ideas contenidas en obras que no eran directamente proyectos de paz, pero que abordaban esta cuestión junto al europeísmo y el cosmopolitismo. Así, el *Capítulo 9*, «Los proyectos de paz de Cloots y de otros en la década de los 90» (pp. 169-186), analizará cuatro planes de paz, dos de ellos anónimos, uno de la mano de Anarchis Cloots y otro debido a Delauney, cuyas interesantes peculiaridades no podemos abordar aquí por falta de espacio, pero de los que el rasgo común era «la apuesta por la democracia y por el papel del pueblo en la construcción de las instituciones de paz» (p. 170). Su curioso cosmopolitismo llegaba, por ejemplo, a que Cloots propusiera una república universal, de la que París sería «el Vaticano de la razón» (p. 175). El *Capítulo 10*, «Kant» (pp. 187-212), aborda el plan del filósofo alemán, «el más panorámico, el más sistemático y el más profundo» (p. 187) y por ello el más conocido. Espinosa realiza en él una magistral exposición de la compleja posición kantiana y su articulación con otra constelación de temas conexos sobre la que igualmente nos resulta imposible extendernos aquí y que merecería otra reseña como comentario por su exitosa resolución en poco espacio. De la misma forma que en el último apartado antes del *Colofón* final, el *Capítulo 11*, «Las ideas de paz, Europa y cosmopolitismo en obras que no eran planes de paz» (pp. 213-233), completará con lucidez, igualmente en el marco breve de lo que permite la monografía, su titánico esfuerzo de sistematización de todo un siglo, incluyendo a otros autores (Leibniz, Wolf, Montesquieu, D'Holbach...) que abordaron también el irenismo, el cosmopolitismo y el europeísmo. Un libro, por todo lo expuesto, resultado de un ingente trabajo, modelo de honestidad intelectual y merecedor de todos los elogios.

Cinta CANTERLA